



xistía, todas sus energías físicas eran muy superiores a las de hoy, las reservaba para combatir los elementos de la naturaleza y las fieras que le disputaban sus dominios.

Pero a medida que estudiaba, que aprendía, cuando empezó a progresar, fué aumentando sus sufrimientos con la pérdida de su libertad y fué degenerando físicamente hasta reducirlo al triste estado en que hoy se halla sumido, siendo esclavo y víctima en todos los órdenes de la vida; quiere comer, y una cadena le impide satisfacer esa necesidad, teniendo los alimentos al alcance de su mano; quiere vestir, y la cadena se lo impide; quiere estudiar, y no puede; quiere amar a sus semejantes, y se ve forzado por impulsos superiores a sus deseos a tener que odiarlos y combatirlos todo por nuestra degeneración moral y material.

Varias son las causas que producen estos efectos; pero todas ellas son hijas de la ignorancia que padecemos. Nuestra grandeza es más ficticia que real; nuestra cultura, aparente; nuestro humanismo, absurdo; nuestra bondad, palabra hueca. La Justicia, la Verdad y el Amor, esas frases tan hermosas, que forman una trilogía que subyuga a todos, nadie las ve, nadie las practica, nadie las siente. En cambio lo que observamos en nuestro alrededor, es una horrible miseria, miseria física, miseria intelectual y miseria moral, que padecemos todos. Esa miseria es la causa de nuestros males en general

y para combatirla hemos empleado, siempre los medios más absurdos, los que forzosamente habian de crear nuevas y más dolorosas calamidades. Se estableció la desigualdad y con ella se despertó la ambición y por satisfacer ésta se han establecido las guerras en todas sus fases, en los campos de batalla, en la ciudad, en el taller, en la fábrica y hasta entre los labriegos, habitantes de miserables chozas; guerra que tenemos establecida de continuo, de continente a continente, de nación a nación, de región a región, de pueblo a pueblo, de institución a institución, de familia a familia, de ser a ser, y en esa guerra cruel y absurda consumimos todas las energías físicas y todo el caudal de nuestras investigaciones científicas.

¿Es esto lógico? ¿Acaso la tierra no produce lo que el ser humano necesita para vivir? ¿Es que no hay elementos necesarios de vida para todos? ¿Es preciso que nos destruyamos los unos a los otros para poder subsistir? No. La tierra produce más que nosotros consumimos; a pesar de no trabajarla más que en una ínfima parte y por medios deficientes, tenemos riquezas y capital suficiente para satisfacer todas las necesidades fisiológicas de la humanidad, en tal grado que bien pudiéramos derrocharlas; no hay, no, necesidad de reñir ni de luchar por esa causa, por ningún concepto en relación con ese punto de mira.

¿Que por qué, pues, la miseria

que padecemos? Ya lo hemos dicho, por nuestra ignorancia ella fué la que engendró la desigualdad social.

Cuando el ser humano constituyó la familia, haciendo vida sedentaria adquirió propiedad en tierras, en ganados y en útiles que iba construyendo a medida que sus necesidades se lo exigían. El más anciano, unas veces hembra, otras varón, fué instituido jefe de la familia, más tarde de la tribu o clan; este jefe era el encargado de transmitir a sus familiares todos los conocimientos útiles y los cuentos adquiridos de sus antecesores, creando con éstos el culto a la superstición, esta superstición la aumentaba con absurdos de su cosecha, hasta que fué adquiriendo y reafirmandose, muy poco a poco a través de los siglos carácter de doctrina, ese jefe era también quien ordenaba las labores, el que dirigía el combate con las tribus vecinas, el que juzgaba y castigaba todos los delitos, ficticios o reales que algún miembro de la tribu cometía; siendo a la vez, padre, rey, juez, sacerdote, general y verdugo. Pero a medida que la tribu iba aumentando y extendía sus dominios, casi siempre por medio de la guerra con las tribus vecinas, para sostener la disciplina (que obligaba a todos a pensar al unísono) en evitación de que el orden de aquel desorden no se alterase, fué preciso ir aumentando el número de directores, dándoles clasificación, según a lo que cada uno se dedicara a conservar. Así

aparecen los primeros, los sacerdotes, elegidos para el culto, y éstos crean la religión; elíjense otros para dirigir los combates, apareciendo así los primeros militares.

Luego y a medida que iba aumentando el pueblo van apareciendo las dignidades y jerarquías en el orden eclesiástico, en el civil y en el militar hasta llegar al estado en que nos encontramos ahora; esos cargos siempre elegidos a capricho de los directores, no importa el medio que empleen, sea éste decretado por el jefe de Estado, sea electivo, es siempre el que esos dignatarios señalan de antemano y allí están, allí tenemos al Papa y al Emperador, etc., dignatarios en la iglesia, dignatarios en el ejército y la magistratura, y esos parásitos que todo lo absorben, que todo lo consumen y destrozan, crean para que los sostengan en sus cargos, cuerpos de ejército, cuerpos de policía con toda la nocida y secreta, jefes para los talleres, espías para todos los ramos, jueces, abogados, tinterillos, e infinidad de empleados burócratas que en lugar de producir algo útil, en lugar de estudiar para el bien de la humanidad, lo que hacen es encenarse en toda clase de vicios, y para satisfacer esos vicios se roba y se asesina descaradamente y a traición; pero eso sí, para esa clase de crímenes no hay castigos, puesto que están legalizados con la ley que todo lo justifica; es este el único producto de los zánganos legisladores.

En estas condiciones trabajamos muy pocos, producimos aproximadamente un veinte por ciento de seres humanos, y que nos dejaran producir; pero no, a intervalos se paran los trabajos, se amarran los buques, se cierran los talleres y las fábricas. He aquí, pues, compañeros, el porqué de la miseria.—A. LÓPEZ.

\* \* \*

Durante las primeras edades de la humanidad, cuando los hombres se alimentaban con raíces, frutas salvajes y productos de la pesca y de la caza, en las épocas en que se cubría con la piel de los animales que él había matado por la fuerza y por la astucia, y en que su habitación eran las cavernas naturales o los agujeros que él mismo abría en la tierra, el trabajo consistía en recoger los frutos, arrancar las raíces, luchar con los animales y en fin, preparar las cuevas que le servían de habitación.

A medida que se han ido creando nuevas necesidades para el hombre en las hipócritas mal llamadas civilizaciones sucesivas, el trabajo se ha transformado, el esfuerzo se ha modificado para corresponder a los distintos fines, siempre tendiendo a la satisfacción de las necesidades.

El hombre se ha hecho pastor para tener fácilmente a su alcance animales suficientes para su alimentación y su vestido; labrador, para escoger y seleccionar los pro-

ductos del suelo destinados a su alimentación.

Ha edificado casas más sanas, mejor construidas, que le ponen al abrigo de las intemperies y de los ataques de sus enemigos.

Pero siempre, en las edades primitivas, el trabajo no ha tenido otro móvil que satisfacer esta triple necesidad primordial para el hombre: alimentarse, vestirse y alojarse.

La explotación del trabajo, de unos en provecho de otros, ha cambiado todo aquello, y el maquinismo capitalista ha puesto el colmo a una extraña anomalía: el funcionamiento de los músculos de cuero y de las combinaciones mecánicas, substituyendo gradualmente a la acción de física, combinada con la inteligencia de los asalariados, al propio tiempo que centuplica las riquezas sociales, aumenta infinitamente la miseria de la clase trabajadora.

En vez de aumentar su bienestar, de crearle medios y permitirle tomar parte en las satisfacciones científicas y artísticas que los cerebros modernos necesitan, los medios de producción en manos de una clase privilegiada, privan al trabajador de lo indispensable y hacen de él un esclavo de la máquina y de un propietario.

Por la desaparición del régimen capitalista y autoritario, el trabajo volverá a su camino natural y lógico; reducido al mínimo, merced a la ciencia mecánica, servirá para que cada hombre ocupe mejor lugar en la vida.—P. CONSTANS.

Pásela al camarada. Para la 2.ª INDUCCIÓN SOCIOLOGICA. Solicite ejemplares.